

LAURA THALASSA

HECHIZADA

Traducido del inglés por Ana Navalón

FAERIS

Título original: *Bewitched*

1.ª edición: noviembre de 2023

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Del texto: Laura Thalassa, 2023 . Se han hecho valer los derechos morales de la autora.

© De la traducción: Ana Navalón Valera, 2023

© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-04-1

Depósito legal: M-25935-2023

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Para Astrid, que hace pociones, baila con esqueletos y le aúlla
a la luna. Tienes magia en la sangre, cariño*

LA LEY DE TRES

*Que la magia que lances
tenga un uso desinteresado.
Haz el bien a los demás,
pues a ti volverá por triplicado.*

*Si mueves la mano
y la desgracia sigue tus pasos,
por triplicado volverá su poder.
Por triplicado la maldición habrá errado.*

PRÓLOGO

MEMNÓN

Estoy atrapado.

Desde hace muchísimo tiempo. Unos conjuros tan sofocantes como reconfortantes me han aprisionado mente y cuerpo. No puedo escapar de ellos por mucho que lo intente.

Y vaya si lo he intentado.

Esto no debería ser así. Lo sé. Lo recuerdo.

Alguien me ha hecho esto.

Pero... ¿quién?

La respuesta se me escapa.

Mis pensamientos están... fragmentados. Las mismas barreras que me envuelven los han destrozado y esparcido.

Hubo una vida antes de esta sombra de existencia. A veces capto sus destellos. El recuerdo del sol, la pesada carga de una espada en la mano, la sensación de una mujer —la mía— debajo de mí.

Aunque no recuerdo demasiado bien mi propio aspecto, veo el perfil de su hombro, la curva de su sonrisa y la picardía que brilla en sus ojos azules como el zafiro.

Su imagen... duele más que una herida profunda.

La necesito.

Mi reina. Mi esposa.

Roxilana.

He de salir de este sitio. Debo encontrarla.

A menos que...

¿Y si...? ¿Y si de verdad se ha ido?

¿La he perdido para siempre?

El terror me eclipsa el anhelo y me despeja parte de la neblina de la mente. Libero toda la magia que puedo y la canalizo a través de los pocos resquicios que he encontrado en estos conjuros.

Roxilana no puede estar muerta. Mientras yo exista, también debe existir ella. Me... me esforcé para que así fuera.

Me relajo.

Ella me encontrará.

Un día.

Un día.

Así que la llamo, como siempre he hecho. Y espero.

CAPÍTULO 1

SELENE

Hoy será el día en que el Aquelarre del Beleño Negro me acepte.

Suelto el aire y clavo la mirada en los inmensos edificios góticos que conforman su campus. La propiedad se encuentra en las colinas de la ribera norte de San Francisco, rodeada en todos sus flancos por Everwoods, un denso bosque litoral compuesto de árboles perennes.

No hay ningún cartel que anuncie que me encuentre en un terreno que pertenece a unas brujas, pero la verdad es que este sitio no lo necesita. Si alguien se detiene aquí durante el tiempo suficiente, verá que hay algo fuera de lo normal, como, por ejemplo, el círculo de brujas que están sentadas en el césped delante de mí.

Su pelo y su ropa flotan en todas direcciones, como si ya no respondieran a la gravedad, y las estelas de su magia cargan el aire que las rodea. El color de la magia de cada una de ellas es diferente —del verde chillón al rosa chicle, pasando por el turquesa y muchos más—, pero, mientras las observo, todos se mezclan y crean una extraña suerte de arcoíris en el ambiente.

Siento una oleada de nostalgia y tengo que contener la sensación de pánico y de desesperación que la sigue.

Bajo la mirada a la libreta abierta que tengo en la mano.

Martes, 29 de agosto

10:00, reunión con el departamento de admisiones del Aquelarre del Beleño Negro en el edificio Morgana.

**Sal veinte minutos antes. Tienes la mala costumbre de llegar tarde.*

Frunzo el ceño, luego miro el móvil: «9:57».

Mierda.

Me pongo en marcha de nuevo y me dirijo a los desgastados edificios de piedra, aunque la mirada se me va otra vez hacia el cuaderno. Debajo de las instrucciones que he garabateado, hay un blasón con unas flores saliendo de un caldero que está sobre dos escobas cruzadas. Junto al dibujo, he pegado una polaroid de una de las estructuras de piedra que tengo delante y he anotado al pie «Edificio Morgana». Abajo del todo he escrito en rojo:

La reunión será en la sala de visitas, segunda puerta a la derecha.

Subo los escalones de piedra de dicho edificio mientras el frenesí de emociones me va dejando sin aliento. Durante el último siglo y medio, cualquier bruja que valga su peso en magia ha sido miembro activo de un aquelarre acreditado.

Y hoy estoy decidida a unirme a esa lista.

«No te aceptaron ni el año pasado ni cuando volviste a enviar la solicitud al principio de este. A lo mejor es que no te quieren, así de simple.»

Respiro hondo y obligo a ese pérfido pensamiento a que se esfume. Esta vez es diferente. Estoy en la lista de espera oficial y concertaron esta entrevista la semana pasada. Deben de estar tomándose mi solicitud en serio, y eso es lo único que necesito: meter la cabeza.

Abro uno de los enormes portones que conducen al edificio y entro.

Lo primero que veo en el vestíbulo principal es una gran estatua de la triple diosa. Sus tres formas están de pie espalda contra espalda: la doncella, que tiene flores trenzadas en la melena suelta; la madre, que se rodea con las manos el vientre de embarazada; y la anciana, que lleva una corona de huesos y descansa las manos en la empuñadura del bastón.

A lo largo de las paredes hay retratos de antiguas brujas del aquelarre, muchas de las cuales tienen el pelo enmarañado y los ojos desorbitados. Entre ellos se han colgado varitas, escobas y fragmentos enmarcados de grimorios famosos.

Respiro hondo para impregnarme de este ambiente por un momento. Percibo el leve zumbido de la magia en el aire y me siento como en casa.

«Conseguiré entrar.»

Camino por el vestíbulo con una determinación renovada. Cuando llego a la segunda puerta a la derecha, llamo y espero.

Una bruja de rasgos suaves y sonrisa amable me abre.

—¿Selene Bowers? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Adelante.

La sigo al interior. Una enorme mesa en forma de luna creciente ocupa casi todo el espacio y, sentadas al otro lado, una media docena de brujas esperan con paciencia. Enfrente de ellas hay una sola silla.

La bruja que me precede la señala y, a pesar de todos mis pensamientos motivadores, el corazón me va a mil por hora.

Tomo el asiento que me ofrece y recojo las manos en el regazo para evitar que me tiemblen mientras la mujer que me ha guiado se sienta también al otro lado de la mesa.

Justo frente a mí hay una bruja que tiene el pelo negro como ala de cuervo, unos labios delgados curvados hacia abajo y una mirada perspicaz. Creo que he hablado con ella antes, sus rasgos me resultan un tanto familiares, pero no acabo de caer en quién es...

Levanta la vista de sus notas y entrecierra los ojos cuando me ve. Después de un rato, frunce aún más el ceño.

—¿Otra vez tú?

Con esa pregunta, juro que el ambiente general de la estancia pasa de ser acogedor a tenso.

Trago saliva con delicadeza.

—Sí, yo —digo con la voz ronca antes de aclararme la garganta. Me temo que esta entrevista está condenada antes siquiera de empezar.

La bruja que ha hablado vuelve a centrar su atención en los papeles que tiene delante. Se lame el dedo y empieza a pasar hojas.

—Creía que íbamos a entrevistar a otra solicitante —dice.

¿Qué se supone que tengo que responder a eso? ¿Que siento no ser otra persona?

No puedo transformarme en quien no soy, así que no creo que pueda apaciguarla.

Otra bruja, con una nariz aguileña y un áspero cabello gris, dice amable:

—Selene Bowers, es un placer conocerte. ¿Por qué no nos hablas un poquito de ti y de por qué te gustaría unirse al Aquelarre del Beleño Negro?

Ahí está. Mi oportunidad.

Respiro hondo y me lanzo.

Durante treinta minutos, respondo varias preguntas sobre mis capacidades, mi experiencia y mis intereses mágicos. La mayoría de las brujas asienten para darme ánimos. La única excepción destacable es esa con ojos de halcón que me mira como si yo fuera un hechizo que ha salido mal. No puedo hacer más que responder a las preguntas y no dejar que me intimide para que me calle.

—He soñado con formar parte del Aquelarre del Beleño Negro desde que tengo memoria.

—¿Y desde cuándo tienes memoria? —dice la bruja que está sentada justo delante de mí.

Me estrujo las manos y una voluta de magia naranja pálido se me escapa de entre ellas. He evitado este tema en las respuestas anteriores, pues no estoy muy segura de cómo abordarlo.

—De..., depende —digo ahora—. Pero mi memoria no afecta de ningún modo a mi determinación ni a mis capacidades —añado.

—Pero podría hacerlo —contraataca—. Podría afectar a tu capacidad. Lanzar hechizos te cuesta tus recuerdos, ¿verdad?

Ahí está, se ha descubierto el pastel.

Tenso la mandíbula.

—Sí, pero...

Hojea los papeles que tiene delante de ella antes de sacar un folio y mostrárselo a las demás.

—Los informes médicos que proporcionaste sugieren que, y cito, «se cree que la pérdida de memoria de la paciente es una enfermedad provocada por la magia, no tiene ni equivalente ni cura conocidos. Parece ser una enfermedad degenerativa. Diagnóstico: terminal».

El silencio que sigue a sus palabras es en cierto modo atronador. Oigo mi propia respiración abandonando mis pulmones. Se me ha escapado un poco más de magia y se alza desde mis manos como un hilillo de humo.

—Así pues —continúa—, cada brizna de poder que usas te debilita la mente, ¿estoy en lo cierto?

Después de dudar por un momento, asiento sin mucha convicción.

—Y, cada vez que usas tu magia, el cerebro se deteriora.

—No se deteriora —protesto; estoy cansada de esa palabra. Pierdo recuerdos, no funcionalidad.

Ahora la expresión de la bruja se suaviza, pero lo que veo en su rostro es piedad. Algo que odio por encima de todas las cosas, tanto que me cuesta respirar.

—En el Aquelarre del Beleño Negro —dice—, no solo aceptamos cualquier tipo de discapacidad, sino que profesamos una particular alta estima hacia esas brujas.

No miente. Si algunas de las más poderosas del mundo han sido ciegas por algo será. La primera bruja de la cual se tiene constancia que voló en escoba en Europa, Hildegard von Goethe, lo hizo porque tenía movilidad reducida.

—Pero, en el Aquelarre del Beleño Negro —continúa—, se te exigirá que hagas magia con rigor. Si tu uso de ella está relacionado directamente con tu pérdida de memoria, sin duda alguna estar aquí acelerará tu... condición. ¿Cómo podríamos pedirte eso y tener la conciencia tranquila?

Trago saliva. Es una pregunta sensata. Hace que me entren el pánico y la desesperación, pero sigue siendo razonable.

Me miro las manos. Es algo que yo misma me he planteado muchas veces. ¿Me alejo de la magia solo porque usarla me acabará matando algún día?

Levanto la mirada hacia la mujer que tengo enfrente.

—He tenido que vivir con mi pérdida de memoria durante los últimos tres años —admito—. Desde el Despertar de mis poderes. Y sí, lanzar hechizos me socava los recuerdos y me complica mucho la vida. Pero no puedo vivir sin magia. Seguro que eso lo entienden —digo mientras paseo la mirada por todas las brujas que están sentadas enfrente de mí—. Y mi magia y yo podemos ofrecer muchas más cosas aparte de la pérdida de memoria. —Por ejemplo, organización, algo que se me da a las mil maravillas. Soy tan organizada que esta tipa se caería de culo—. Me gustaría tener la oportunidad de enseñarle al Beleño Negro esa parte de mí. Tengo muchísimo que ofrecer.

Al terminar, mi magia me envuelve con su suave brillo crepuscular. He dejado todas mis emociones al descubierto y me siento incómoda y expuesta.

La bruja mayor me mira sin pestañear durante varios segundos. Al final, da una palmada en la mesa y se pone en pie.

—Gracias por tu tiempo —dice. Hasta el mínimo detalle de su expresión y su postura tiene un aire de solemnidad y cautela.

Joder.

Se suponía que hoy iba a ser mi día. Me he pasado muchísimos meses trabajando en esto. No tengo ningún plan B, salvo volver a enviar la solicitud dentro de otros cuatro meses.

Mi intención es ponerme de pie, pero tengo el culo clavado a la silla.

—Selene —dice la bruja mayor—, gracias por tu tiempo.

Solo el modo en que lo dice debería ser lo bastante explícito. Quiere que me vaya. Puede que la siguiente candidata esté ya esperando en el vestíbulo.

La emoción me tensa la garganta y tengo las manos tan apretadas que me duelen.

—Impugno su desestimación —digo, mirándola fijamente.

Se detiene un momento y luego suelta una carcajada de incredulidad.

—¿Ahora eres vidente? ¿Le has echado un ojo al futuro y has visto tus resultados?

No me ha hecho falta, aunque su mordaz respuesta sea una confirmación más que suficiente.

Antes de dejar que me afecte, enderezo la espalda.

—La impugno —repito.

Sacude la cabeza.

—Así no es como funciona.

Ahora sí que me levanto, apoyando las manos en la mesa.

—Puede que mi memoria no sea la mejor, pero soy constante y puedo prometerle una cosa: seguiré solicitando una plaza y viniendo hasta que lo reconsidere.

Mi rasgo tóxico es no rendirme.

—Si se me permite interrumpir... —dice otra de las mujeres, la del pelo encrespado—. Puede que no me recuerdes, pero soy Constance Sternfallow. —Me dedica una sonrisa tensa—. Yo creo que eres una candidata fantástica —añade—, pero tu solicitud flojea en un par de puntos cruciales. Necesitas una búsqueda mágica mejor que la que has entregado y te hace falta un familiar. Sé

que se indica que es opcional, pero en realidad es algo que solicitamos en la mayoría de los casos.

Constance le lanza una mirada al resto de las mujeres sentadas a la mesa. Una de ellas asiente con la cabeza. Al volver su atención hacia mí, dice:

—Si puedes aportar esas dos cosas...

—Constance —le advierte la bruja jefe.

—... entonces, Selene Bowers —continúa, ignorándola—, se te aceptará de manera oficial en el Aquelarre del Beleño Negro.